



www.loqueleo.com/ec

© 2009, Graciela Eldredge

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-824-2

Derechos de autor: 044376

Depósito legal: 005144

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2009

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2017

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Ojos de Luna, la llama náufraga

Graciela Eldredge



loqueleo



*A Jeannine, Mikaela y Erik, mis queridos nietos,
y a los demás niños y niñas ecuatorianos,
dueños de las Islas Encantadas,
paraíso natural, único en el mundo,
que estamos obligados a proteger.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Ojos de Luna	11
El circo	15
El naufragio	19
Sobre un madero	23
Un amanecer caliente	37
Frente a frente	41
El falso héroe	45
Una historia	47
Llamada de auxilio	55
El Consejo de los Animales	59
El problema	69
Sucesos extraños	77
El ermitaño	81
Traición o imprudencia	85
Llegan los refuerzos	93

En la lobera	97
Al rescate	101
De regreso a casa	105
Biografía	111
Cuaderno de actividades	113

Ojos de Luna



Ojos de Luna formaba parte de un rebaño que vivía en el páramo del nevado Chimborazo, el más alto de los Andes ecuatorianos. Había nacido una noche de luna llena y parecía que los destellos misteriosos del astro nocturno se reflejaban en sus mansos ojos, por lo que sus dueños la bautizaron con el nombre de Ojos de Luna.

11

Vivía, junto con sus padres y hermanos, con una familia indígena. Eran animalitos muy dóciles que ayudaban a sus dueños a transportar la leña, los vegetales que llevaban al mercado y las mercancías que traían de vuelta.

Todos los campesinos la miraban con admiración, pues tenía una rara belleza. Caminaba con elegancia, era delicada en sus gestos y has-

ta su lana era más parecida a la de una alpaca que a la de una llama, por blanca, lacia, sedosa y brillante.

La primera lana que salió de Ojos de Luna sirvió para hacer una bufanda para Rafico, el hijo mayor de la familia, y la chalina de Rosita, su hermana. El padre de los niños, Ignacio, la trasquiló y obtuvo un vellón de blancu-

12



ra brillante. Luego, Clotilde, la madre, hiló la lana y la convirtió en una fibra suave y flexible. Con paciencia y amor tejió unas prendas bonitas y abrigadas para sus hijos. Tanto Rafico como Rosita se sentían muy orgullosos de su vestuario y siempre agradecían a la llamita acariciando su lomo.

Durante las tardes, después de regresar de la escuela, Rosita y Rafico jugaban con la llama. Era muy curioso verlos corriendo con Ojos de Luna, que los seguía como si fuera un perro. Incluso le habían enseñado algunos trucos: Rafico hacía ciertos chasquidos con la lengua y Ojos de Luna se arrodillaba, ante los aplausos entusiastas de Rosita; Rafico palmoteaba al ritmo de vals y la llama cruzaba sus patas delanteras con gracia inigualable. De premio, los niños le daban cariñosas palmadas y de vez en cuando un trozo de la raspadura que su madre les ofrecía para que endulzasen la colada de maíz.

Pero la belleza de Ojos de Luna fue la causa de su desgracia. Una tarde, al regresar de la fe-

13

ría, un hombre de la ciudad la vio y quedó embelesado con su estampa. Se acercó a sus dueños y les ofreció una buena cantidad de dinero por el animal. Los campesinos, que siempre estaban necesitados de dinero para la subsistencia de la familia, aceptaron de buena gana.

14 La despedida fue muy dura. Los dos niños, asidos al cuello de su amiga, lloraban tristemente.

—Que te vaya bien, Ojos de Luna. No nos olvides —le decía Rafico mientras besaba la mejilla del animalito.

—Regresa pronto, Ojitos —susurraba entre lágrimas Rosita—. Yo sé que volverás.

Así, entre el llanto de Rafico y Rosita, Ojos de Luna, con su mirada entristecida, les dio el último adiós y se marchó con el comprador.



El hombre era agente del Circo de Animales Artistas y andaba por los pueblos buscando animales exóticos para su espectáculo. Había adquirido una vicuña, una alpaca y ahora la llama.

15

En el cuello de Ojos de Luna colocó una placa que decía:

OJOS DE LUNA
CHIMBORAZO / ECUADOR
CIRCO DE ANIMALES ARTISTAS

Con los tres animales, el domador circense montó un número que se ganaba los aplausos de grandes y chicos. Los animalitos habían aprendido a bailar, a girar en círculos para un

lado y otro, e incluso llevaban sobre su lomo a pequeños chimpancés acróbatas que hacían las delicias del público.

Desde que salió de su páramo, Ojos de Luna había sido presentada en muchos lugares. A veces viajaban en tren y otras veces, en barco.

16 Ella estableció buena convivencia con el resto de los animales del circo, por su carácter manso y apacible. Pero había uno que la acechaba desde el día en que llegó: era un enorme y temible tigre de Bengala llamado Kenko, que secretamente esperaba el momento en el que podría devorarla. Si no hubiera sido por-



que Karman, el domador de los felinos, estaba siempre atento, hacía tiempo que habría satisfecho su deseo.

Una mañana, muy temprano, las actividades del circo habían comenzado. Por un lado, los cuidadores daban de comer a los animales, los bañaban, aseaban sus jaulas y cepillaban su pelo. Unos martillaban las maderas del escenario, mientras otros revisaban los implementos para la presentación de la noche.

De pronto, todo quedó en silencio. Un ambiente tenso reinaba en el lugar. ¿Qué sucedía? Kenko había escapado de su jaula y vagaba por los corredores. De repente, lanzó un rugido amenazador y siguió su camino hacia uno de los pasillos donde jugaba el tierno hijo de Karman. El tigre se acercó a él relamiéndose las fauces. Entonces, Ojos de Luna observó al pequeño y se cruzó delante de Kenko. Este, al verla, apuró el paso y empezó a perseguirla. Ella corrió en dirección contraria al niño. Nadie hacía ningún movimiento. Entonces, Karman hizo chasquear el látigo mientras pronunciaba cier-

tas palabras con voz fuerte e imperiosa, y logró que Kenko, gruñendo furiosamente, regresara a la jaula. De inmediato, entusiastas aplausos surgieron de todas partes y la vida se reanudó en el circo. La madre del pequeño lo tomó en sus brazos mientras contenía su nervioso llanto. El domador acarició a Ojos de Luna y le dijo:

18 —¡Gracias, valiente amiga! ¡Salvaste a mi hijo!

Lucecitas centelleantes bailaban en los ojos del animal como señal de que entendía las palabras de Karman. Desde ese día, la llama fue uno de los animales favoritos del domador y de todos los integrantes del circo.

El naufragio



La primavera había comenzado en el hemisferio sur. La temporada en Centroamérica había sido un éxito. El barco en el que viajaba el circo iba navegando por el océano Pacífico; se dirigían hacia el sur del continente. Todo iba muy bien pero, de pronto, el viento empezó a soplar fuertemente. Enormes olas se levantaban amenazadoras, la nave estaba a merced de la marejada y la lluvia arreciaba sobre la cubierta.

Súbitamente, relámpagos y truenos se desataron con fuerza increíble. Como luminosa serpiente, un terrible rayo cayó sobre la proa del barco, mientras un espantoso estruendo estallaba en el aire.

Los marineros se pusieron en frenética actividad. El buque había sido herido de muerte. El mástil de proa se derrumbó. La nave empezó a hacer agua.

Entonces, el capitán ordenó:

—¡Sálvese quien pueda! ¡Bajen las lanchas, pronto! ¡Primero las mujeres y los niños!

20 En medio de la agitación, se escuchó la voz del cirquero que gritaba:

—¡Por favor, salven a mis animales!

—Lo único que podemos hacer es abrirles las jaulas —respondió el capitán.

De inmediato, las puertas fueron abiertas y los animales, aterrorizados, empezaron a correr por la cubierta. Los marineros hacían lo posible por lanzarlos a las aguas para que se salvaran nadando.

El pánico cundía por todas partes. Los alaridos de las fieras aterrorizadas llenaban el ambiente. Era un cuadro pavoroso. Los marineros empezaron a remar enérgicamente para alejarse del barco en picada, antes de que este los arrastrara en su vorágine.

Los naufragos fueron rescatados por un carguero que se hallaba cerca en el momento del desastre.

El dueño del circo, los domadores, los obreros, sus mujeres y sus hijos e hijas, que vivían y viajaban con el espectáculo, se encontraban sumamente abatidos por la pérdida de los animales. Estos habían desaparecido, tragados por las aguas.

El dueño del circo, Antón Nikitóvich, un viejo eslavo, sollozaba desconsolado:

—¡Lo he perdido todo! ¡Mis animalitos! ¡Qué tristeza! ¡Tanto trabajo, tanto esfuerzo, tanto desvelo! Ya no podré comenzar de nuevo.

—Pero el circo estaba asegurado —le dijo Karman.

—No es solo el dinero —le respondió Antón—. Uno se encariña con los animales como si fueran los hijos. Había algunos muy inteligentes y sensibles. Recuerda, por ejemplo, a Ojos de Luna. Si no hubiera sido por ella, quién sabe lo que habría pasado con tu pequeño el día en que el tigre escapó de la jaula.